

Sobre la educacion estetica del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE DE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG por FEDERICO SCHILLER.

(Ver No. 46)

4.^a CARTA

Hay un hecho indudable: solamente el dominio de semejante carácter en un pueblo puede hacer inofensiva una revolución política según principios morales y, también, solamente este carácter puede garantizar su estabilidad. Al fundar un Estado moral se cuenta con la ley moral como fuerza eficiente y se lleva el libre albedrío al reino de las causas, donde todo está ligado con severa necesidad y estabilidad. Pero sabemos que las resoluciones de la voluntad humana quedan siempre sujetas a contingencias y que únicamente en el ser absoluto se identifica la necesidad física con la moral. Si se quiere contar, pues, con la conducta moral del hombre como con algo espontáneo, tiene que ser ésta conducta la natural y ya sus instintos deben impulsar al hombre a la misma conducta que podría determinar un carácter moral. La voluntad del hombre, empero, está colocada completamente libre entre el deber y la inclinación y este derecho soberano de su personalidad no puede y no debe cohibir ninguna coacción física. Si debe conservar esta facultad de la libre determinación y ser, sin embargo, un eslabón seguro en la conexión causal de las fuerzas, entonces hay solamente una manera para realizar este desideratum: los efectos de aquellas dos fuerzas impulsivas en el reino de los fenómenos deben ser completamente idénticas, y, a pesar de la diversa forma, debe permanecer el mismo el objeto de su ve-

luntad, para que sus instintos y su razón sean bastante concordantes para servir a una legislación universal.

Cada hombre como individuo lleva, puede decirse, según su carácter y destino en sí un hombre puro e ideal y la gran tarea de su vida es hacer concordar la unidad invariable del mismo con todas las variaciones de aquella. (x) Este hombre puro que se manifiesta, más o menos claramente, en cada individuo, es encarnado por el Estado, como forma objetiva y cuasi canónica en la cual se trata de reunir la multiplicidad de los individuos. Ahora, se pueden concebir dos diferentes maneras como el hombre actual puede concordar con el hombre ideal y, por consiguiente otras tantas como el Estado puede imponerse a los individuos: o bien el hombre puro subyuga al empírico y el Estado suprime la individualidad, o bien el individuo se convierte en Estado y el hombre actual se perfecciona en el hombre ideal.

Es verdad que al adoptarse únicamente el punto de vista moral se borra esta distinción, porque la razón está satisfecha cuando su ley rige incondicionalmente; pero desde el punto de vista antropológico integral donde importa con la forma también el contenido y donde el sentimiento tiene también su voz, se la tomará tanto más en cuenta. La razón postula la unidad, pero la naturaleza la multiplicidad, y ambas legislaciones reclaman para sí al hombre. La ley de la primera le está impresa por una conciencia incorrompible, la ley de la otra por un sentimiento imborrable. En consecuencia será siempre señal de una educación aún defectuosa, cuando el carácter moral puede sostenerse solamente por el sacrificio del natural, y una constitución política será aún imperfecta, si únicamente suprimiendo la multiplicidad es capaz de llegar a la unidad. El Estado no debe tener solamente un carácter objetivo y genérico, sino debe, al contrario, respetar el carácter subjetivo y específico en los individuos y no despoblar el reino de los fenómenos al extender el reino invisible de la moral.

Cuando el artesano pone mano a la obra para dar a la materia informe la forma de sus fines, no titubea en forzarla: porque la naturaleza que trabaja no le merece en sí ningún

(x) Me refiero aquí a un trabajo recién publicado: «Lecciones sobre el destino del sabio», de mi amigo Fichte, donde se encuentra una definición muy lúcida y original de esta proposición.

respeto y no le importa el todo en consideración a las partes, sino las partes en consideración al todo. Cuando el artista trabaja la misma materia prima, no titubea tampoco en forzarla, solamente evita mostrarlo. De ninguna manera respeta más la materia que trabaja que el artesano, pero buscará de engañar al ojo que protege la libertad de esta materia, por una aparente condescendencia contra la misma. Del todo diferente es la posición del artista pedagógico y político para quien el hombre es al mismo tiempo su materia prima y su fin. Aquí se vuelve fin la materia y solamente porque el todo sirve a las partes, deben subordinarse las partes al todo. Con un respeto bien distinto de aquel que finge tener el artista por su materia, debe tratar la suya el político y no sólo subjetivamente y para engañar a los sentidos, sino objetivamente y para lo más íntimo del ser debe respetar su particularidad y personalidad.

Però justamente porque el Estado debe ser una organización que se forma por sí mismo y para sí mismo, puede realizarse solamente en tanto que las partes se han elevado a la idea del todo. Porque representa a la humanidad pura y objetiva en el pecho de sus ciudadanos, debe observar el Estado con respecto a ellos la misma relación que guardan ellos consigo mismos y podrá honrar su humanidad subjetiva solamente hasta donde ella se ha elevado a la objetiva. Si el hombre en su alma está concorde consigo mismo, salvará aún en la más alta universalización de su conducta su individualidad y el Estado será únicamente el intérprete de su hermoso instinto, la realización concreta de su legislación interna. Si se opone, en cambio, en el carácter de un pueblo el hombre subjetivo al objetivo todavía tan contradictoriamente que solamente la supresión del primero puede dar la victoria al segundo, entonces tendrá que adoptar el Estado contra sus ciudadanos la severa gravedad de la ley y reprimir, sin consideración, una individualidad tan hostil para no llegar a ser su víctima.

El hombre puede estar en contradicción consigo mismo de dos maneras: o bien como salvaje, cuando sus sentimientos predominan sobre sus principios, o como bárbaro, cuando sus principios destruyen sus sentimientos. El salvaje desprecia el arte y reconoce a la naturaleza como su absoluta soberana; el bár-

baro escarnece y deshonra a la naturaleza, pero, más despreciable que el salvaje, continúa muchas veces siendo el esclavo de su esclavo. El hombre civilizado se hace amigo de la naturaleza y respeta la libertad, sujetando solamente su arbitrariedad.

Si la razón, pues, lleva a la sociedad física su unidad moral, no debe herir la multiplicidad de la naturaleza. Si la naturaleza trata de conservar su multiplicidad dentro del edificio moral de la sociedad, no debe, por eso, sufrir ningún quebranto su unidad moral; equidistante de la uniformidad y de la anarquía se encuentra la forma triunfante. Totalidad del carácter debe, pues, encontrarse en un pueblo, que pretende ser capaz y digno de cambiar el Estado de la necesidad por el Estado de la libertad.

5ª. CARTA.

¿Pero es éste el carácter que nos muestra la época y los acontecimientos actuales? Veamos enseguida el rasgo más sobresaliente en este cuadro amplísimo.

Es verdad que la autoridad de la opinión ha venido a menos, la arbitrariedad ha sido desenmascarada y, a pesar de que todavía conserva gran poder, no puede captarse, sin embargo, ya ninguna dignidad; el hombre despertó de su larga indolencia e ilusión y con abrumadora mayoría de votos reclama la restauración de sus derechos imperdibles. Pero no los reclama solamente; aquende y allende se levanta para tomar violentamente lo que, según su criterio, se le niega con injusticia. El edificio del Estado natural tambalea, sus corrompidos fundamentos ceden y parece dada la posibilidad física para exaltar la ley en su trono, para respetar, finalmente, al hombre como fin en sí mismo y fundar la sociedad política sobre la verdadera libertad. ¡Vana esperanza! Falta la posibilidad moral y el momento generoso encuentra una generación inaccesible a sus dádivas.

En sus obras se retrata el hombre y, qué figura representa en el drama de la actualidad! Aquí embrutecimiento, allí relajación: los dos extremos de la degeneración humana y los dos reunidos en una época.

En las clases más bajas y más numerosas se nos muestran los instintos groseros y anárquicos que se desencadenan una vez roto el vínculo del orden social y que buscan, con furor indómito, su satisfacción bestial. Puede ser que la humanidad objetiva haya tenido razón para quejarse del Estado; pero la subjetiva debe respetar sus instituciones. ¿Es posible reprocharle que descuidó la dignidad de la naturaleza humana, mientras importaba todavía defender su existencia? ¿Qué se apresuró a separar por la fuerza de la gravedad y a ligar por la fuerza de la adhesión, donde no era posible aún pensar en la fuerza eficiente? Su disolución implica su justificación. La sociedad disoluta recae en el estado primitivo en vez de dirigirse a la vida orgánica.

Del otro lado nos presentan las clases más civilizadas el aspecto aún más repugnante de la relajación y de una depravación del carácter que indigna tanto más cuanto la cultura misma es su fuente. No recuerdo cual filósofo antiguo o moderno anotaba la observación de que lo noble en su disolución es lo más abominable; pero ella es verdadera también en lo moral. El hijo de la naturaleza se vuelve, cuando se desvía, un desenfrenado, pero el pupilo del arte un abyecto. La ilustración del entendimiento de la cual se precian, no sin razón, las clases más refinadas, ejerce una influencia tan poco reformadora sobre los sentimientos que afianza, al contrario, a la corrupción con máximas. Reniegan de la naturaleza en su campo legítimo para experimentar su tiranía en el moral y al resistir a sus impresiones, prestamos nuestras máximas de ella. La afectada decencia de nuestras costumbres le niega el primer voto que sería perdorable, para concederle, en nuestra ética materialista, el último que es decisivo. En medio de la sociabilidad más refinada fundó su sistema el egoísmo, y al no aportar un corazón sociable, experimentamos todos los contagios y todos los tormentos de la sociedad. Nuestro libre juicio sometemos a su opinión despótica, nuestro sentimiento a sus hábitos extravagantes, nuestra voluntad a sus seducciones; solamente nuestra arbitrariedad afirmamos contra sus sagrados derechos. Un orgulloso egoísmo contrae el corazón del hombre de mundo que, en el hombre primitivo y tosco late, a veces todavía, con simpatía; y, como

de una ciudad en llamas, trata de salvar cada uno solamente su propiedad miserable de la destrucción. Únicamente en una completa abjuración de la sentimentalidad se cree encontrar protección contra sus aberraciones y la mofa que castiga, a veces, saludablemente al exaltado, infama, con igual poca indulgencia, al sentimiento más noble.

La cultura, bien lejos de libertarnos, crea con cada facultad que desarrolla en nosotros, solamente una nueva necesidad; los lazos de lo físico se estrechan de una manera siempre más angustiosa, tanto que el miedo de perder aboga hasta la fogosa tendencia hacia el progreso y se impone como la más alta sabiduría de la vida, la máxima de la obediencia pasiva. Así vemos vacilar al espíritu de la época entre la extravagancia y la brutalidad, entre la afectación y el estado primitivo, entre la superstición y la incredulidad moral; y solamente el equilibrio del mal le pone, a veces, límites.

6ª. CARTA.

¿Acaso he juzgado demasiado severamente la época actual en esta descripción? No espero tal objeción, sino más bien una otra: que he querido demostrar demasiado con ella. Este cuadro, me dirá Vd., se parece, en efecto, a la humanidad contemporánea, pero se parece también, en general, a todos los pueblos que tienden hacia la cultura, porque todos, sin excepción, tienen que sustraerse a la naturaleza por medio de un ergotismo exagerado antes de que puedan volver a ella por medio de la razón.

Pero al considerar con alguna atención el carácter de la época, debe extrañarnos el contraste que hay entre la forma actual de la humanidad y entre las de antaño, en especial de la griega. La gloria de la educación y del refinamiento que podemos invocar contra toda otra naturaleza pura, no pueden servirnos contra la naturaleza griega que se enlazaba con todos los encantos del arte y con toda la dignidad de la sabiduría, sin ser, como la nuestra, la víctima de la misma. Los griegos nos aver-

güenzan no solamente por su sencillez que es extraña a nuestra época; pues al mismo tiempo son nuestros émulos, y hasta a veces nuestros ejemplos, en las mismas ventajas con las cuales solemos consolarnos de la antinaturalidad de nuestras costumbres. A la vez lleno de forma y de contenido, a la vez filosofando y construyendo, a la vez delicado y enérgico, vemos reunirlos la juventud de la fantasía con la virilidad de la razón en una humanidad magnífica.

Entonces, en aquel hermoso despertar de las fuerzas del espíritu, no tenían aún los sentidos y el espíritu sus dominios severamente deslindados; pues todavía no los había excitado ningún conflicto a separarse hostilmente y fijar sus confines. La poesía no había aún coqueteado con el chiste y la especulación no se había aún deshonrado con la sofistería. Ambas podían, si era necesario, cambiar sus papeles, porque cada uno, aunque en su propia manera, honraba la verdad. Cuán alta se elevaba la razón, siempre llevaba, sin embargo, tras sí con cariño a la materia, y cuán delicada y severamente separaba, nunca, sin embargo, mutilaba. Analizaba, por cierto, la naturaleza humana y la proyectaba, magnificada, en su espléndido círculo de dioses, pero no haciéndola pedazos sino mezclándola diversamente, pues ni en un solo dios faltaba toda la humanidad. ¡Cuán diferente del todo entre nosotros, entre los modernos! También entre nosotros se ha proyectado, magnificada, la imagen de la especie en los individuos, — pero en fragmentos, no en mezclas variadas, a tal punto que es necesario ir de individuo a individuo para juntar la totalidad de la especie.

Entre nosotros — estoy tentado a sostenerlo — se manifiestan las fuerzas del sentimiento también en la realidad tan separadas como las separa el psicólogo en la imaginación, y vemos no solamente individuos aislados, sino clases enteras de hombres desarrollar únicamente una parte de sus facultades, mientras que las otras apenas están insinuadas con débil rastro, como en los árboles achaparrados.

No desconozco las ventajas que puede sostener la actual generación ante la mejor del pretérito, considerada como unidad y sobre la balanza del entendimiento; pero con las filas cerradas debe iniciarse la lucha y medirse el todo con el todo.

En cambio, ¿cuál moderno desafia solo, hombre contra hombre, a un ateniense para disputarle el premio de la humanidad?

¿Por qué, pues, esta proporción desventajosa de los individuos a pesar de toda la ventaja de la especie? ¿Por qué se califica un griego *solo* como representante de su época y por qué no lo puede osar un moderno *solo*? Porque a aquel dió sus formas la naturaleza que todo une, a éste el entendimiento que todo separa.

Fué la cultura misma que infirió esta herida a la humanidad moderna. Tan pronto como hizo necesaria la experiencia más amplia y el razonamiento más agudo una separación más precisa de las ciencias, de un lado, y el engranaje más complicado de los Estados un aislamiento más severo de las clases y profesiones, del otro, se rompió, también, el vínculo íntimo de la naturaleza humana y una lucha desastrosa desunía sus fuerzas armónicas. La razón intuitiva y la especulativa se extendían, entonces hostil una a otra, sobre sus diversos campos, cuyos límites comenzaban a vigilar con desconfianza y envidia; y con la esfera sobre la cual limitamos nuestra acción, nos hemos dado, también, en nosotros mismos un amo que suele acabar, a menudo, con suprimir las demás facultades. Al asfixiar aquí la fuerza imaginativa, demasiado exuberante, las trabajosas plantaciones del entendimiento, consume allá el espíritu de abstracción la llama en la cual se tenía que haber calentado el corazón e inflamado la fantasía.

Esta desorganización que empezaron el arte y la sabiduría en el hombre interior, completaba y generalizaba el nuevo espíritu del gobierno. En realidad, no se podía esperar que la sencilla organización de las primeras repúblicas sobreviviese la sencillez de las primeras costumbres y circunstancias; pero en vez de elevarse a una superior vida orgánica, fué descendiendo a un mecanismo vulgar y grosero. Aquella especie de pulpo—los estados griegos— donde cada individuo gozaba de una vida independiente y podía, sin embargo, cuando era necesario, hacerse parte integrante del todo, cedía ahora el lugar a un mecanismo ingenioso de reloj, donde se forma de la combinación de infinitamente muchas, pero inanimadas partes con su conjunto una vida mecánica. Ahora fueron desgarrados el Estado y la Iglesia,

las leyes y las costumbres; el placer fué separado del trabajo, el medio del fin, el esfuerzo de la recompensa. Eternamente encadenado solo a un pequeño fragmento del todo, se desarrolla el hombre mismo también solo como un fragmento; en su oído eternamente solo el ruido mecánico de la rueda que empuja, no se desarrolla jamás la armonía de su ser, y en vez de expresar la humanidad en su naturaleza, se vuelve únicamente una copia de su profesión, de su ciencia. Pero hasta la participación mezquina y fragmentaria que conexas los miembros aislados todavía con el todo, no depende de formas que ellos mismos se dan por su propia determinación (¿pues, cómo podría confiarse a su libertad un mecanismo tan artificial y tenebroso?), sino se les prescribe, con escrupulosa severidad, por un formulario con el cual se mantiene sujeto su libre examen. La letra muerta sustituye al entendimiento vivo, y una memoria ejercitada guía con más seguridad que genio y sentimiento.

Si la comunidad toma como medida del hombre su oficio, si estima en uno de sus ciudadanos solamente la memoria, en el otro solamente el entendimiento rutinario, en un tercero solamente la habilidad mecánica; si aquí exige, indiferente con respecto al carácter, solamente conocimientos, y allá, por el contrario, pasa por alto la más profunda oscuridad del entendimiento en cambio de un espíritu de orden y una conducta leal; si quiere, al mismo tiempo, imprimir a estas destrezas tanta mayor intensidad, cuanto menos extensión exige del individuo — ¿podemos extrañarnos entonces que las demás facultades del alma se descuiden para cultivar únicamente aquella sola que rinde honor y recompensa? Sabemos, es verdad, que el genio vigoroso no toma los límites de su oficio como límites de su acción; pero el talento mediocre consume en el oficio que le tocó en parte, toda la escasa suma de su fuerza, y debe ser ya una cabeza poco común a quien quede, sin perjuicio de su oficio, todavía algo para sus aficiones. Además, es rara vez una buena recomendación para el Estado, si las fuerzas superan a los deberes, o si la superior necesidad intelectual del hombre de genio da un competidor a su oficio. Tan celoso es el Estado de la posesión exclusiva de sus servidores que se resigna más fácilmente (¿y quién puede no darle razón en esto?) a compartir

a su hombre con una Venus Cytherea que con una Venus Urania.

Así, poco a poco, se extingue la vida individual concreta para que siga vegetando indigentemente el todo abstracto, y eternamente permanece el Estado extraño a sus ciudadanos porque no le encuentra el sentimiento en parte alguna. Obligada la casta gobernante a simplificar la multiplicidad de sus ciudadanos por medio de la clasificación y a concebir la humanidad nunca de otra manera que por representación de segunda mano, la pierde, por fin, de vista del todo, confundiéndola con una mera creación de la razón; y el gobernado no puede menos de recibir con frialdad las leyes que se refieren tan poco a él mismo. Cansado, finalmente, de mantener un vínculo que le facilita tan poco el Estado, se deshace la sociedad positiva en un estado natural moral (lo que ya hace tiempo es la suerte de la mayoría de los estados europeos), en el cual el poder público es únicamente un partido más, odiado y engañado por quien lo necesita y respetado solamente por quien puede pasar sin él.

¿Podría, acaso, la humanidad, oprimida por esta doble fuerza interior y exteriormente, tomar otra dirección que la que tomó en realidad? Tendiendo el espíritu especulativo en el reino de las ideas hacia bienes imperdibles, tenía que volverse un extraño en el mundo sensible y perder la materia por la forma. Y el espíritu operativo, encerrado en un monótono círculo de objetos y estrechado en él todavía más por fórmulas, tenía que perder de vista el todo libre y empobrecer junto con su ambiente. A la par que el primero tiende a modelar lo real, según lo ideal, y a elevar las condiciones subjetivas de su imaginación en leyes constitutivas para la realidad de las cosas, caía el último en el extremo opuesto de querer avaluar toda la experiencia en general, según un fragmento especial de ella y aplicar las reglas de su ocupación a cualquier ocupación indistintamente. El uno tenía que caer víctima de una sutileza vacía, el otro de una estrechez pedantesca, porque aquel se colocaba demasiado alto en relación a lo individual, y éste demasiado bajo con respecto al todo. Pero lo perjudicial de esta orientación intelectual no se limitaba al saber y a la producción: se extendía, en igual grado, sobre el sentimiento y la acción. Sabemos que la sensibilidad

del alma depende según su grado, de la viveza; según su extensión, de la riqueza de la fuerza imaginativa. Ahora bien, la preponderancia del poder analítico debe, necesariamente, despojar a la fantasía de su fuerza y de su fogosidad y una esfera más reducida de objetos debe disminuir su riqueza. El pensador abstracto tiene, por eso, bien a menudo un corazón frío, porque desmenuza las impresiones que conmueven el alma solamente como un todo; y el hombre de acción tiene bien a menudo un corazón estrecho porque su fuerza imaginativa, encerrada en el monótono círculo de su oficio, no puede adaptarse a la manera de concebir de otro.

Mi asunto me obligaba a descubrir la orientación perjudicial del carácter de la época y sus fuentes, no a demostrar las ventajas con que la compensa la naturaleza. Gustosamente le concedo a usted que aunque no podía sentar bien al individuo esta desmembración de su ser, la especie, sin embargo, no podría haber progresado de otra manera. El fenómeno de la humanidad griega era, indiscutiblemente, un máximo que no podía ni permanecer estacionario ni elevarse más alto: no permanecer estacionario porque la razón se veía forzada, infaliblemente, por la experiencia acumulada a alejarse del sentimiento y de la intuición y a tender hacia una mayor precisión del conocimiento; y tampoco elevarse más alto porque solamente un determinado grado de claridad puede existir junto con una determinada abundancia y fogosidad. Los griegos habían alcanzado este grado y si querían progresar hacia una más alta cultura, tenían que renunciar, como nosotros, a la totalidad de su ser y perseguir a la verdad por caminos separados.

Para desarrollar las múltiples facultades en el hombre no había otro medio que oponerlas unas a otras. Este antagonismo de las fuerzas es el gran instrumento de la cultura, pero también tan solo el *instrumento*, pues mientras dura aquél, estamos recién en camino hacia ésta. Solamente aislándose en el hombre las diferentes fuerzas y pretendiendo cada una su propia ley, se traban en lucha con la realidad de las cosas y obligan al sentido común que mira, con resignada sobriedad, sino solo el fenómeno aparente a penetrar en las profundidades de los objetos. Usurpando la razón pura una autoridad en el mundo sen-

sible y ocupada la práctica en subyugarla bajo las condiciones de la experiencia, se perfeccionan ambas facultades hasta lo posible y agotan toda la extensión de su esfera. Al osar aquí la fuerza imaginativa a deshacer por su arbitrariedad el orden cósmico, obliga allí la razón a subir hacia las más altas fuentes del conocimiento y llamar en su auxilio contra ella la ley de la necesidad.

Unilateralidad en el ejercicio de sus fuerzas lleva el *individuo*, indefectiblemente, al error, pero la *especie* a la verdad. Solamente concentrando toda la energía de nuestro espíritu en un solo foco y contrayendo todo nuestro ser en una sola fuerza, le damos a esta única fuerza cuasi alas y la conducimos artificialmente lejos de los límites que parece haberle puesto la naturaleza. Tan cierto es que todos los individuos humanos juntos, con la fuerza visual que les ha dado la naturaleza, jamás habrían llegado a percibir un satélite del Júpiter que descubrió el telescopio al astrónomo; como es cierto que la fuerza de pensar humana jamás hubiese podido establecer un análisis del infinito o una crítica de la razón pura, si, en ciertos individuos con vocación para ello, la razón no se hubiese aislado, se hubiese desprendida cuasi de toda materia y hubiese armado su mirada con la abstracción más esforzada para descubrir lo indeterminado... ¿Pero estaría un espíritu, así casi disuelto en entendimiento puro e intuición pura, capacitado para trocar las duras cadenas de la lógica con el libre paso de la fuerza poética y para comprender la individualidad de las cosas con sentido fiel y castizo? Aquí marca la naturaleza un límite aun al genio universal que no puede traspasar, y la verdad hará hasta tanto mártires hasta cuando la filosofía debe aún tener como su ocupación más noble la de hacer preparativos contra el error.

Cuanto siempre puede ganarse para la totalidad del mundo por este cultivo separado de las fuerzas humanas, no se puede negar que los individuos a que le toca, sufren bajo la maldición de este fin universal. Es verdad que por los ejercicios de gimnasia se forman cuerpos atléticos, pero solamente por el juego libre y uniforme de los miembros la belleza. Igualmente puede crear la sobreexcitación de fuerzas intelectuales aisladas hombres extraordinarios, pero solamente el juego uniforme de las

mismas hombres felices y perfectos. ¿Y en qué relación estaríamos entonces con las edades pasadas y venideras, si la cultura de la naturaleza humana exigiera semejante sacrificio? Entonces hubiéramos sido nosotros los siervos de la humanidad, hubiéramos hecho para ella durante algunos milenarios trabajo de esclavos y hubiéramos impreso a nuestra naturaleza mutilada los vestigios vergonzosos de esta servidumbre, ¡para que la generación venidera pudiera cuidar, en feliz ociosidad, de su salud moral y desarrollar el libre progreso de la humanidad!

Pero, ¿puede, acaso, el hombre estar destinado a desatenderse a sí mismo por algún otro fin cualquiera? ¿Fuera posible que la naturaleza nos robara por sus fines una perfección que nos prescribe la razón por los suyos? Debe, pues, ser falso que el cultivo de fuerzas aisladas hace necesario el sacrificio de su totalidad; o si la ley de la naturaleza tiende, cuanto sea siempre, hacia ello, debemos tener la posibilidad en nosotros de restablecer otra vez esta totalidad en nuestra naturaleza, que destruyó el arte, por un arte más alto.

7^a. CARTA.

¿Podría, acaso, esperarse del Estado este efecto? No es posible tal cosa; porque el Estado tal como se halla constituido ahora ha causado el mal y el Estado tal como lo concibe la razón en la idea, en vez de poder fundar esta humanidad más perfecta, debiera ser fundado él mismo sobre ella. Así pues, las investigaciones efectuadas me habrían llevado, otra vez, al mismo punto del cual me alejaron por un tiempo. La época actual, lejos de ofrecernos esta forma de la humanidad que hemos reconocido como la condición necesaria de un mejoramiento moral del Estado nos ofrece, por el contrario, la forma diametralmente opuesta. Sí pues, los principios que he expuesto son exactos y si la experiencia confirma el cuadro que del tiempo presente he trazado se debe declarar intempestivo todo ensayo de semejante cambio político y quimérica toda esperanza basada en él, hasta que la desunión dentro del hombre mismo haya cesado y esté

desarrollada bastante su naturaleza para convertirse ella misma en operaria de esa obra y garantizar la realidad de la creación política de la razón.

La naturaleza nos señala con su creación física el camino que hemos de seguir en la moral. Recién cuando la lucha de las fuerzas elementales en las organizaciones inferiores está apaciguada, la naturaleza se eleva hasta la noble forma del hombre físico. Del mismo modo, es menester, que la lucha elemental dentro del hombre ético, el conflicto de instintos ciegos esté calmado por de pronto, y haya cesado en él el grosero antagonismo, antes que se pueda aventurar a favorecer la multiplicidad. Del otro lado, es necesario que la independencia de su carácter esté asegurada y que a la sumisión a formas despóticas extrañas haya sucedido una conveniente libertad antes que pueda subordinarse en él la multiplicidad a la unidad del ideal. Donde el hombre primitivo abusa aún anárquicamente de su arbitrio, apenas debe mostrársele su libertad; donde el hombre civilizado usa aún tan poco su libertad, no debe privársele de su arbitrio. La concesión de principios liberales se convierte en una traición al orden social cuando viene a asociarse a una fuerza que está aún en fermentación y acrecienta la ya exuberante energía natural; la ley se convierte en tiranía para con el individuo cuando ella se asocia a una debilidad ya dominante y a una restricción física y cuando apaga así la última chispa de espontaneidad y originalidad.

El carácter de la época debe pues levantarse primeramente de su profunda degradación; acá, sustraerse a la ciega fuerza de la naturaleza y allí retornar a su simpleza, su verdad y su savia fecunda: — tarea para más de un siglo. Entretanto — convengo, en esto de buena gana — más de una tentativa aislada podrá tener éxito; pero no resultará, por esto ningún mejoramiento del conjunto y las contradicciones de la conducta no cesarán de atestiguarlo contra la unidad de los principios. Se honrará en otras partes del mundo en un negro la humanidad y en Europa se la deshonorará en un sabio. Quedarán los antiguos principios, pero adoptarán el ropaje del siglo y a una opresión que antes autorizaba la Iglesia prestará la filosofía su nombre. Asustada por la libertad, que en sus comienzos se

anuncia siempre como enemiga, la humanidad se arrojará en brazos de una cómoda servidumbre, mientras que allá llevada a la desesperación por una tutela pedantesca, se precipitará en el salvaje libertinaje del estado natural. La usurpación invocará la debilidad de la naturaleza humana y la insurrección su dignidad hasta que interviene finalmente, la gran soberana de todas las cosas humanas, la fuerza ciega, y decide esta pretendida lucha de principios, como un vulgar pugilato.

8ª. CARTA.

¿Debe, pues, retirarse la filosofía decepcionada y sin esperanza de este terreno? ¿Mientras que en todas las otras direcciones la dominación de las formas se ensancha, este bien, el más precioso de todos, deberá ser abandonado a la contingencia informe? ¿El conflicto de las fuerzas ciegas deberá durar eternamente en el mundo político y no triunfar jamás la ley social sobre el egoísmo hostil?

¡De ninguna manera! La razón por sí misma, en verdad, no tentará directamente la lucha con esa fuerza brutal que resiste a sus armas y tampoco descenderá, como no lo hizo el hijo de Saturno en la "Iliada", al siniestro campo de batalla para intervenir allí en persona. Pero entre los contendientes elige al más digno. No reviste como Zeus a su nieto de armas divinas y por su fuerza triunfante decide el magno torneo.

La razón ha hecho todo lo que puede hacer cuando ha encontrado y formulado la ley; ejecutarla es deber de la voluntad valerosa, lo es del sentimiento viviente. Para salir victoriosa en su lucha con la fuerza, la verdad debe desde luego, convertirse en "fuerza" y erigir un instinto en su campeón en el reino de los fenómenos, porque los instintos son las únicas fuerzas motrices en el mundo sensible. Si hasta ahora la verdad ha manifestado tan poco su fuerza triunfante, ello no es culpa de la inteligencia que no habría sabido descubrirla, sino del corazón que le ha permanecido cerrado y del instinto que no ha obrado por ella.

anuncia siempre como enemiga, la humanidad se arrojará en brazos de una cómoda servidumbre, mientras que allá llevada a la desesperación por una tutela pedantesca, se precipitará en el salvaje libertinaje del estado natural. La usurpación invocará la debilidad de la naturaleza humana y la insurrección su dignidad hasta que interviene finalmente, la gran soberana de todas las cosas humanas, la fuerza ciega, y decide esta pretendida lucha de principios, como un vulgar pugilato.

8ª. CARTA.

¿Debe, pues, retirarse la filosofía decepcionada y sin esperanza de este terreno? ¿Mientras que en todas las otras direcciones la dominación de las formas se ensancha, este bien, el más precioso de todos, deberá ser abandonado a la contingencia informe? ¿El conflicto de las fuerzas ciegas deberá durar eternamente en el mundo político y no triunfar jamás la ley social sobre el egoísmo hostil?

¡De ninguna manera! La razón por sí misma, en verdad, no tentará directamente la lucha con esa fuerza brutal que resiste a sus armas y tampoco descenderá, como no lo hizo el hijo de Saturno en la "Iliada", al siniestro campo de batalla para intervenir allí en persona. Pero entre los contendientes elige al más digno, lo reviste como Zeus a su nieto de armas divinas y por su fuerza triunfante decide el magno torneo.

La razón ha hecho todo lo que puede hacer cuando ha encontrado y formulado la ley; ejecutarla es deber de la voluntad valerosa, lo es del sentimiento viviente. Para salir victoriosa en su lucha con la fuerza, la verdad debe desde luego, convertirse en "fuerza" y erigir un instinto en su campeón en el reino de los fenómenos, porque los instintos son las únicas fuerzas motrices en el mundo sensible. Si hasta ahora la verdad ha manifestado tan poco su fuerza triunfante, ello no es culpa de la inteligencia que no habría sabido descubrirla, sino del corazón que le ha permanecido cerrado y del instinto que no ha obrado por ella.

Porque, si no ¿de dónde ese dominio aún tan general de los prejuicios, este obscurantismo intelectual a pesar de todo, la luz esparcida por la filosofía y la experiencia? El siglo está iluminado, es decir, los conocimientos han sido descubiertos y vulgarizados, que serían suficientes para rectificar, al menos, nuestros principios prácticos. El espíritu del libre examen ha dissipado los ídolos que por largo tiempo vedaban el acceso a la verdad y ha minado el fundamento sobre el cual habían erigido su trono el fanatismo y el fraude. La razón se ha librado de las ilusiones de los sentidos y de la sofística mentirosa, y la filosofía misma alza la voz y nos exhorta a volver al seno de la naturaleza, de la cual precisamente ella nos había apartado por primera vez. ¿Cuál es, pues, la causa de que sigamos siendo siempre todavía bárbaros?

Debe haber, pues, ya que no lo hay en las cosas, en el alma, algo que impida recibir la verdad, por viva que sea la luz que difunda, y aceptarla, por grande que pudiera ser su fuerza de convicción. Ese algo, un antiguo sabio lo ha sentido y expresado en esta máxima tan significativa: "Sapere aude".

¡Osa ser sabio! Para luchar contra los obstáculos que oponen a la instrucción tanto la indolencia de la naturaleza, como la cobardía del corazón, es menester valor enérgico. No sin significado, el antiguo mito, hace surgir la diosa de la sabiduría toda armada de la cabeza de Júpiter, puesto que ya su primer acto es de guerra. Ya al nacer tiene que sostener un rudo combate con los sentidos que no quieren ser arrancados a su dulce reposo. La mayor parte de los hombres se encuentra demasiado abrumada y enervada por la lucha con la necesidad para poder empeñarse en una nueva y más dura lucha con el error. Satisfecho si el mismo puede sustraerse a la penosa labor de pensar abandona de buena gana a otros la tutela sobre sus conceptos y si, por ventura, más nobles necesidades se agitan en su alma, se aferra con sediente fe a las fórmulas que el Estado y el sacerdocio tienen preparado para este caso. Si estos hombres desgraciados merecen nuestra compasión, nuestro justo desprecio cae sobre aquellos que libra un mejor destino del yugo de las necesidades, pero que se doblegan voluntariamente bajo él. Estos prefieren el crepúsculo de conceptos oscuros donde se siente con-

más viveza y donde la imaginación puede crearse a su placer cómodas quimeras, a los rayos de la verdad que disipan las agradables ilusiones de sus sueños. Precisamente sobre estas ilusiones, que debe destruir la hostil luz del conocimiento, han fundado todo el edificio de su dicha y saber, ¿deberían pagar tan cara una verdad que comienza por quitarles todo lo que presente algún valor para ellos? Tendrían que ser ya sabios para amar la sabiduría: una verdad que sentó ya aquel que dió a la filosofía su nombre.

No, suficiente, pues con decir que la iluminación de la inteligencia no merece respeto sino en tanto que se apoya sobre el carácter (!) procede ella, también, hasta cierto punto, del carácter porque el camino a la cabeza debe ser abierto por el corazón. La educación de la sensibilidad es, pues, la necesidad más apremiante de la época, no solamente porque ella es el medio de hacer eficaz en la vida el mejor conocimiento sino también porque despierta el anhelo de este mejoramiento

